

C^a 142

7.779

EL CATOLICISMO
ES
LA SALVACION DE LA HUMANIDAD.

DISCURSO PRONUNCIADO
EN LA
REUNION GENERAL
DE
LA ASOCIACION DE CATOLICOS DE NAVARRA
el día 4 de Junio de 1871

POR

D. JUAN GANCIO MENA.

Doctor en Administracion,
Licenciado en Jurisprudencia, Abogado de los Colegios de Burgos y Pamplona,
catedrático de Economía política y Legislación mercantil,
Caballero de la Orden Americana de Isabel la Católica;
y Secretario de la Junta provincial de la Asociación de católicos
de Navarra.

PAMPLONA:

Imprenta y encuadernación de Tiborcio Iriarte.

1871.

CS-142/7779

EL CATOLICISMO
ES
LA SALVACION DE LA HUMANIDAD.

DISCURSO PRONUNCIADO
EN LA
REUNION GENERAL
DE
LA ASOCIACION DE CATÓLICOS DE NAVARRA
el día 4 de Junio de 1871

POR

D. JUAN CANCIO MENA.

Doctor en Administracion,
Licenciado en Jurisprudencia, Abogado de los Colegios de Búrgos y Pamplona,
Catedrático de Economía política y Legislacion mercantil,
Caballero de la Orden Americana de Isabel la Católica;
y Secretario de la Junta provincial de la Asociacion de católicos
de Navarra.

PAMPLONA:

Imprenta y encuadernacion de Tiburcio Iriarte.

—
1871.

SEÑORES :

1.

Si es empresa difícil dirigir la voz á un auditorio que está sediento de doctrinas nuevas ; si es difícil hablar á quien previamente se erige en severo censor de la palabra ; si es difícil disertar ante un público glacial y preocupado, es fácil, muy fácil, entenderse con los que viven de una misma idea, con los que tienen una misma voluntad, con los que sienten un mismo amor ; y más si este amor es el amor cristiano, el amor de los amores, el amor caridad. Por eso mismo, no voy á exagerar las dificultades de mi situación en este instante, ni á pedir gracia para mis conceptos, ni indulgencia para mis frases ; por eso mismo quiero hacer responsable de la serenidad de mi espíritu y de la calma de mi corazón á la confianza que me inspira, no ya vuestra benevolencia, que siempre es grande, porque es católica, sino á la que me ins-

piran vuestras creencias, vuestra voluntad, vuestro amor. Si creemos lo mismo, queremos lo mismo, y amamos lo mismo, porque una es nuestra fé, una es nuestra moral, y uno es nuestro sentimiento religioso, ¿cómo no han de encontrar cordial y franca acogida mis espontáneas frases, cuando respondiendo al deber que me ha impuesto un acuerdo de la Junta provincial de la Asociación de Católicos de Navarra, os dirija la palabra en esta solemne ocasión?

No veais para nada, yo os lo ruego, al hombre que os habla; no veais para nada la forma de que pueda revestir sus pensamientos; no veais para nada, ni el lenguaje de que se sirva, ni el acento de su humilde voz, ni los accidentes de su discurso; porque los detalles de la expresión nada son, nada significan al lado de las grandes verdades que enuncia; y porque si mi palabra es débil, porque es mía, mis ideas serán sublimes, porque se inspirarán en el espíritu de la Iglesia.

¡Oh! Bien sé yo que las ideas augustas de la religión verdad palidecen en la lengua de los hombres profanos; pero considerad que si nobleza obliga, más obliga el deber, y que cuando el deber habla, sólo cumple callar á la conciencia. Por eso callo y obedezco; por eso procuraré cumplir mi cometido, disertando sobre un tema, demasiado vago y general quizá, pero grave é importante, que me atrevo á condensar en esta fórmula: **EL CATOLICISMO ES LA SALVACION DE LA HUMANIDAD.**

II.

El hombre es un sér grande é inmenso cuando conoce su pequeñez y su limitacion, y sabe admirarse de la grandeza é inmensidad del Sér á quien debe la existencia. El hombre es un sér mezquino y menguado cuando se olvida del Autor de toda existencia, y se cree grande é inmenso. Y bien sabéis vosotros, católicos de fé ardiente y convencida, que el hombre es hombre; que es débil y es egoista; que se rinde dócilmente á sus pasiones, y busca anhelosamente el placer; que rebaja á Dios en su conciencia para reemplazar á Dios, para deificarse; que se ruboriza de la humildad y se enorgullece de la soberbia; que se olvida de su origen; que no se preocupa de su destino; que vive más de la vida de los sentidos que de la vida del alma; que tributa más culto á la materia que al espíritu, y que busca con afan solícito los goces del presente, sin aprensionarse de su bastardía, y desdeña los goces del porvenir, sin pensar en su grandeza; que aspira, en fin, al imperio del valle transitorio, que es el valle del dolor y de las lágrimas; y no aspira á la conquista del valle eterno, que es el valle de la dicha infinita y de la alegría suprema; que quiere, porque su voluntad está mancillada por el error y corrompida por el vicio; que quiere, ¡oh, espanta el confesarlo! abrirse las puertas del mundo cerrándose las del cielo.

Tal es el hombre en su vida real y práctica, por más que

esta conducta pareciera paradójica, absurda, incomprensible.

Conozco que voy más allá de los límites naturales de mi discurso; conozco que traspaso la esfera propia del hombre civil, que abuso de vuestra benevolencia; pero dispensadme, dispensadme en gracia del entusiasmo religioso que la provoca; del entusiasmo que en presencia de tantos y tan fervientes católicos se despierta en mi pecho y arde en mi alma.

III.

Atravesamos un período crítico en la historia de la humanidad; corremos tiempos de frenética lucha, y estamos en días decisivos; porque si las situaciones violentas son insostenibles, la situación en que hoy se encuentra el mundo no puede prolongarse indefinidamente.

El principio del bien y el principio del mal se han desenvuelto en formas colosales; la verdad y el error se han definido cumplidamente; la virtud y el vicio se presentan sin disfraces. Y cuando la sociedad se encuentra en presencia de los grandes problemas que afectan á su existencia y que afectan á sus destinos; cuando el individuo comprende que su suerte depende de la suerte de la colectividad; cuando los paliativos son ya estériles, las contempORIZACIONES INEFICACES, las reservas inconducentes, las vacilaciones peligrosas y las dudas imposibles, hay que arrojar la máscara de la hipocresía; sí, la doble máscara de la hipocresía de la virtud y de la hipocresía del vicio; porque si hay perversidad en apa-

rentar mentidas virtudes. tambien hay debilidad punible, no sólo debilidad punible, sino gravísima falta, en hacer alarde de despreocupacion moral y religiosa; porque esos despreocupados artificiales son los débiles de espíritu, que sin valor bastante para confesar su fé, tienen la insensata temeridad de ocultarla; porque esos despreocupados de apariencia son los cobardes de realidad. Para ellos sonó la hora; no hay equilibrios posibles, no hay cuartel: ó con la Iglesia ó contra la Iglesia.

No quiero separarme de la senda que me he trazado, pero cuando se tropieza con abrojos hay que apartarlos del camino; cuando se tropieza con dificultades hay que vencerlas; cuando se tropieza con obstáculos hay que removerlos. Por eso ántes de entrar de lleno en la cuestion quiero plantearla en su verdadero terreno, quiero definir las personas y las cosas, quiero que nos entendamos.

IV.

¡ El hombre en el mundo ! Esta idea debe preocupar nuestro espíritu, esta idea debe recoger nuestra atencion, debe hacernos reflexivos. Meditemos, pues; y meditemos sin pensar en otra cosa, meditemos sobre el hombre en el mundo. Y no meditemos todavía á la luz de la fé, de esa luz que alumbra más que la luz del sol; porque la luz del sol alumbra los espacios finitos, y la luz de la fé alumbra los horizontes infinitos de lo eterno, de lo increado, de lo inmarcesible; meditemos á la luz de la razon.

Demos tregua á las pasiones, apartémonos por un momento de las tempestades de la vida que arrojan sombras sobre el alma, y meditemos.

Desde que el hombre abre sus ojos al mundo de la razon, desde que piensa y desde que siente el pensamiento, empieza á presentir sus destinos, á sospechar su grandeza y á adivinar sus fines. ¿Cómo no presentir sus destinos, si vive y sabe que vive? ¿Cómo renunciar á la vida despues de comprender la vida? ¿Cómo resignarse al tiempo adivinando la eternidad? ¿Cómo conformarse con el dolor despues de vislumbrar el placer infinito? ¿Cómo extraviarse de la senda que le conduce á la fuente que ha de apagar su sed abrasadora? ¿Cómo entregarse al mundo renunciando al cielo?

Alguna vez he dicho: verse el hombre sobre la tierra, sentirse hombre, sospechar lo infinito, presagiar lo eterno, y reducirse á lo temporal, fuera el suplicio más cruel que el espíritu del mal, siendo omnipotente, pudiera inventar para martirio del alma. Y ese suplicio no pudo imponérselo Dios, porque no puede, no, no puede hacer el mal Aquel que es manantial fecundo del bien, de la justicia y del amor: pero si el hombre no se encuentra por leyes supremas en situacion tan angustiosa, él, con su culto á la materia, con su debilidad voluntaria, con su docilidad á las pasiones y á los impulsos bastardos del corazon, se coloca en una situacion friamente espantosa, absurda, horrible, que repugna á las condiciones de su sér y que se pronuncia contra los planes divinos.

No, no desconoceré la fuerza eléctrica del sentimiento sobre el corazon, ni la mágica influencia del placer sobre el

espíritu, ni el ciego aliciente de las pasiones sobre el alma; y por lo mismo que no desconozco esos móviles tan enérgicos, reconoceré que para combatir á enemigos tan formidables, enemigos de cuyo triunfo vendria la disolucion y la muerte de la sociedad, hay que apelar á algun recurso extraordinario que venga de arriba, que proceda de otra esfera más pura que la esfera del mundo, que nos preste enseñanza saludable, que exalte nuestra voluntad en generoso entusiasmo y que nos garantice virtudes. Y ese recurso es la religion, lazo sublime que relaciona á la criatura con el Creador, que armoniza los intereses legítimos, que dirige nuestros pasos durante la terrenal peregrinacion, y que nos muestra en lontananza el puerto seguro en que ha de salvarse nuestra alma.

No es difícil bosquejar la sombría faz de la vida sin la idea religiosa; no es difícil trazar á grandes rasgos el tétrico cuadro del mundo sin la luz cristiana; no es difícil delinear los contornos de la sociedad que reniega de la fé católica.

Por desgracia, ese cuadro triste y pavoroso no es producto de la fantasía, no es un sueño, no es una quimera, sino una realidad que fué tremendamente funesta para el hombre antes de que el Cristianismo alumbrase el universo con sus purísimos y ardientes rayos, y es una verdad demasiado terrible para los que cerrando sus ojos á la luz divina duermen en las tinieblas del espíritu; una realidad demasiado espantosa para los que, dignificados por la fé, se empeñan obstinadamente en desterrarla de su corazon, se empeñan en degradarse, y se suicidan del alma.

El hombre sin idea moral, sin atmósfera para el espíritu, sin más móviles que sus despóticas pasiones. se entrega

muellemente á los halagos del corazon, se rinde ante los ídolos del sensualismo, se somete al imperio del vicio; y enerva sus facultades, y extravía su criterio, y bastardea sus sentimientos, y abdica su libertad: porque el que se declara débil para luchar con sus enemigos íntimos; el que no se levanta con valor pronunciado para dirigir su conducta por la senda del bien, sobreponiéndose á los estímulos sensibles; el que antepone la vida material á la vida moral, conspira inconscientemente contra la misma vida material, pierde el brio de la inteligencia que tanto le enaltece, y se arrastra como un reptil miserable por la tierra sin poder levantar la vista al cielo; porque los celestiales resplandores sólo los resiste el alma cristiana, y porque quien se aparta de la buena senda no puede contemplar el fin de la jornada, sino quedarse en la tierra, confundirse con la tierra, pulverizarse como ella y perder el alma para la mansion eterna.

V.

La humanidad sin guía es un torrente que se desborda en los abismos del acaso, es una fuerza impetuosa sin dirección determinada, es un movimiento colosal y ciego, es un terrible cataclismo que no puede comprenderse en su espantosa grandeza.

El hombre sin nociones morales es un sér antagónico á sus fines terrenales y eternos, porque inspirándose en su egoísmo y no en su amor al prójimo, exalta su soberbia y se hace intolerante; provoca su codicia, y se hace usurpador;

estimula sus pasiones, y conspira contra la familia; y al conspirar contra la familia conspira contra las grandes leyes de la humanidad.

El hombre sin nociones morales es repulsivo al hombre, porque desconoce el verdadero amor al prójimo, ese amor del sacrificio, de la abnegacion y del heroismo; porque el amor al prójimo nos obliga á la humildad, á la tolerancia, al sufrimiento; nos obliga á amar: y esa obligacion dulcísima es compensadora, porque el que se sacrifica por el amor experimenta un goce tan íntimo y vehemente que siendo menguado el corazón para contenerlo, traspasa los límites del corazón y se eleva hasta el alma; porque sólo en el alma pueden albergarse los placeres santos é infinitos; porque sólo el alma puede levantarse en alas del amor á la contemplacion de Dios; porque sólo el alma puede presagiar el cielo.

Para sublimar el espíritu del hombre era indispensable una fuerza sobrehumana, era indispensable una fuerza divina; porque las fuerzas del hombre, abandonadas á sí mismas, son estériles para purificarlo, para rehabilitarlo, para redimirlo. Y esa redencion habria de operarse mediante un procedimiento extraordinario, porque los medios ordinarios eran impotentes para levantar á la humanidad de su tremenda caida. ¿Quién, pues, sino Dios podria realizar una obra tan portentosa?

Si la humanidad está postrada, ¿quién sino Dios podrá levantarla? Y su postracion procede de su egoismo; ¿quién sino el amor heroico podrá redimirla? Por eso cuando la sociedad habia exagerado sus iniquidades, cuando la ley de la fuerza imperaba sobre la fuerza de la ley, cuando la justicia

estaba hollada, la virtud escarnecida, y la debilidad sin amparo; cuando la voluntad de los tiranos era el único cimiento de los gobiernos, cuando el hombre era esclavo del hombre. cuando la mujer era sierva del deleite, cuando los sacrificios humanos eran el gran espectáculo de los déspotas, cuando en todo triunfaba el egoismo y en nada el amor humano, era preciso regenerar aquella atmósfera letal y corrompida, era preciso que una nueva sávia se inoculase en los corazones, era preciso un recurso sobrenatural para salvar al hombre. Y ese recurso brotó del amor de Dios, que para enseñar á amar al hombre se hizo hombre y vivió entre los hombres, y predicó doctrinas santas, y practicó virtudes sublimes, y murió en afrentosa cruz; y para descubrirnos toda la grandeza del amor que perdona, pidió perdon á su Eterno Padre para los mismos que le habian crucificado.

El hijo de Dios, siendo Dios mismo, nos enseñó la doctrina moral á que hemos de sujetar nuestra conducta para cumplir nuestra mision, y ántes de abandonar el mundo instituyó la gran tutela de la humanidad, la Iglesia Católica, á la que prometió una existencia perpétua, y de la que recibimos la direccion más íntima, y el amor y la vida del alma, y todo, en fin, lo que conviene á nuestra existencia peregrinal del mundo. Consideremos, pues, el Catolicismo bajo el doble puuto de vista moral y social para comprender y admirar su grandeza, para asombrarnos de su excelsitud, y para adorar con ferviente entusiasmo al Dios del amor infinito.

VI.

El hombre es un sér débil y desvalido. Siente grandes necesidades y no encuentra en sí mismo los medios de satisfacerlas ; pero sus necesidades son complejas, porque unas son del órden físico y otras del órden moral. Y ni unas ni otras puede cubrir con sus recursos personales, sino que le es indispensable el auxilio ageno, le es indispensable la mutualidad de los servicios, mediante la cual el hombre desenvuelve su actividad, dilata la esfera de su accion y realiza el progreso. No, el trabajo del hombre no se desarrolla en el aislamiento, sino que por el contrario es estéril hasta el extremo de no responder á las exigencias más imperiosas de la vida, miéntras que en la sociedad, y merced al recurso providencial de la division de ocupaciones y del gran procedimiento del cambio, obtiene el individuo satisfacciones infinitas que la imaginacion más ardiente nunca sabrá apreciar en su valor inmenso. La ciencia económica, esa ciencia tan tristemente calumniada, miéntras no ha sido bien definida, la ciencia económica es un dócil instrumento de la gran ley que Dios impuso al hombre al decirle : « Comerás con el sudor de tu rostro. » Si el trabajo en la sociedad no estriba en el aumento indiscreto de la riqueza, sino en que la riqueza responda á necesidades y se convierta en servicios, y ese gran fin está subordinado á condiciones complejas, la ciencia económica las estudia analíticamente, y dice á la humanidad:

hé aquí la senda que debes seguir para aprovechar el tiempo, para utilizar tus facultades, para prestar servicios á tu prójimo, y para que tu raza, en la que resplandece el timbre divino, se propague por toda la superficie de la tierra; hé aquí los medios que has de poner en juego para cumplir el gran precepto del trabajo, y el gran precepto de crecer y multiplicarte. Sólo, pues, mediante la ciencia económica, ciencia eminentemente moral, es como puede el hombre traducir en hechos la voluntad omnipotente.

Pues bien: si el hombre es por su naturaleza un sér sociable, el carácter de sociabilidad presidirá siempre todas sus evoluciones, y la sociedad será su estado necesario. Y admitido este hecho, comprenderemos la profunda enseñanza que entraña el Cristianismo, y la sublimidad de la doctrina católica, al levantarse aquella enseñanza y estas doctrinas sobre el principio necesario de la sociabilidad humana, y condenar las utopias y los desvaríos de los que quieren reemplazar las leyes supremas é infalibles con los caprichos de su abrasada y extraviada imaginación.

Véase, pues, cómo, del exámen de las necesidades del hombre y de los recursos de que dispone para satisfacerlas, se desprende una consecuencia indeclinable, la consecuencia de su sociabilidad, que también sabe armonizarse con las verdades del orden sobrenatural, con las verdades reveladas.

Y no se diga que la Economía política no tiene entrañas porque se funda en la mutualidad de los servicios, pues los que así piensan se olvidan de que la justicia es tan inflexible como la verdad matemática, y se olvidan de que así como el rigor de la justicia suprema se temple con el bálsa-

mo de la misericordia, así la orfandad del pauperismo, que es el fantasma aterrador del mundo, se cubre con el manto divino de la caridad cristiana.

Las mismas necesidades del hombre y los medios providenciales de llenarlas, exaltan su idea religiosa, pues aquel que atribuya su existencia y los medios de conservarla á los caprichos del azar, y que crea que su porvenir definitivo es la nada, padece un extravío fatal y es víctima de la más horrible desesperacion. El hombre que escucha la voz de su conciencia y que siente las secretas aspiraciones de su alma, sabe que su fin no es el mundo, sabe que el mundo es un medio, es un lugar de prueba, es el gran escenario de la virtud, de esa virtud que le ha de conquistar la ventura sin límites y la dicha sin término.

VII.

Pero la idea religiosa no es una idea vaga, no es un amor platónico, no es un éxtasis profundo, no es un arrobamiento estéril, sino una idea fecunda, positiva, trascendental. El hombre ha venido al mundo á hacer bien, y el bien no lo hace completo levantando su alma á Dios para adorarle místicamente, sino realizando virtudes, porque estas dos condiciones ha de cumplir para alcanzar el premio del paraiso. Y la práctica de las virtudes requiere el conocimiento de la doctrina moral, que, como toda verdad, es única en su orden, y su aplicacion á los diversos casos de la vida, circunstancias necesarias para que el hombre cumpla su mision

terrenal, y que sólo se encuentran garantizadas en el Catolicismo.

¿Dónde sino en la Iglesia puede hallarse la definición y la realización del bien? Sólo en la Iglesia se ve la tutela racional é infalible que vela con amorosa solicitud por la huérfana humanidad; porque la humanidad abandonada á la corriente de sus instintos, sin un principio invariable, sin una regla inflexible, no obedecería á un plan ordenado, ni habría unidad en sus tendencias, ni concierto en sus miras, ni armonía en sus aspiraciones. Por eso, mientras la familia católica es una en sus creencias, y en su conducta, y es el gran elemento de la sociedad, y la sólida base sobre la que pueden levantarse los pueblos civilizados; la familia racionalista es múltiple y heterogénea, y careciendo de dogmas en sus creencias y de reglas fijas en su conducta, sin móvil seguro que le impulse, ni norte constante á donde dirigirse, se extravía por los horizontes espantosos del error y del vicio y es el gérmen destructor de la humanidad. La familia católica es la vida de la sociedad. La familia racionalista es la muerte de la humanidad.

Si el don del consejo es un don supremo, aún en sus aplicaciones más vulgares, ¿qué no será el don del consejo moral, de ese consejo que ha de influir en las relaciones más importantes del hombre en el mundo? Y ese consejo tan grave, que ha de ser invariable para ser verdadero, se fia en el racionalismo al criterio individual; ¡como si el criterio individual, que es el elemento más heterogéneo y movedido que puede concebirse, porque no sólo varia en los diversos individuos, sino que varia radicalmente en el mismo individuo, por las modificaciones de la edad, de la instrucción, de la

inteligencia y de otras causas infinitas; como si ese criterio fugitivo fuese manantial fecundo de sanas doctrinas y dogma eterno de verdades!

No: tal absurdo es imposible; pero la próspera mano del Altísimo ha ofrecido al hombre el medio supremo de responder á las necesidades más vehementes del alma; y la Iglesia es la fuente copiosa del agua santa que apaga la sed ardiente del espíritu. Y ese manantial purísimo se empeñan en cegar con sacrilega mano los reformistas modernos, los que ¡desgraciados! no sienten la sed espiritual, que es el amor de los amores, porque su alma está muerta para Dios; los que desvanecidos por la soberbia y embriagados por las pasiones, no conciben el estado de gracia, el estado en que el hombre perpetúa en los horizontes eternos é infinitos las más gratas ilusiones de su fantasía, las más hermosas emociones del corazón, estado superior á lo humano, y en que el hombre se diviniza; estado inefable en el que los dolores más acerbos se mitigan y las penas más crueles se aplacan, porque una voz íntima y elocuente les dice con acento de verdad: «el tiempo es un accidente, el tiempo pasa fugitivo; pero el tiempo no es tiempo, es la nada para el alma, porque la vida del alma es la vida de la eternidad.»

VIII.

¡Contemplad, contemplad los grandes amores, esos amores que son el cielo del mundo, esos amores que absorben completamente nuestro espíritu y arroban nuestro ser leván-

tándonos á una esfera inescrutable ! Permitidme que me repita : permitidme que repita algunas frases con que mi débil pluma intentó definir ardientes sentimientos. ¿No es verdad que el febril y santo entusiasmo del amante que esplaya su alma en otra alma con fruicion purísima, dice en voz muy alta ¡ eternidad ! porque sin eternidad no concibe su exaltada emocion ? ¿No es verdad que el afecto vehemente del esposo no puede esplicarse dentro de los límites del tiempo, y dice y repite en lo más íntimo del corazon ¡ eternidad ? ¿No es verdad que el amor de padre presiente otros horizontes que los del mundo, porque estos son muy menguados para abarcarlo, y comprende la idea ¡ eternidad ? ¿No es verdad que el entrañable y misterioso amor de madre no encuentra su fin en la tierra, y ve siempre una cosa sin fin ¡ eternidad ? ¿No es verdad que el amor filial y todos los grandes amores, no satisfechos en la tierra, aspiran á la eternidad ?

Pues bien : ¿dónde sino en la religion y en la religion verdadera, que descubre al hombre su origen y le muestra sus destinos, trazándole la senda que le conduce al fin supremo, pueden refugiarse los grandes amores, para no morir de locura, encerrados en la estrecha cárcel del espacio y del tiempo ?

IX.

Pero fijémonos tambien en los grandes dolores, en los tremendos infertunios. ¡ Ved á un padre que se agita convulsivo, sin lágrimas en sus ojos, pero con la muerte en el cora-

zon ; en el corazon, que vive para sentir las ; vedle estrechar entre abrazos de fuego un cuerpo inerte, es el cuerpo de su hijo, es el cadáver del sér en que idolatraba, del sér que hacia sus ilusiones del presente, sus esperanzas del porvenir. ¡Ved á un padre en tribulacion tan angustiosa, y si le negais la inmortalidad, le hareis maldecir de Aquel que no puede hacer mal ; pero mostradle una vida sin término y de amor infinito, decidle que su hijo le aguarda allí para que juntos bendigan á Dios por siempre y para siempre, y el dolor cederá, y el corazon herido cicatrizará sus llagas, y la desesperacion del mundo se convertirá en esperanza del cielo. Ved, ved, pues, cómo la religion verdadera es la gran necesidad del alma, ved como la religion sobrenaturaliza, porque la religion verdadera es sobrenatural, porque no nace en el hombre, porque viene de Dios.

No, no quiero trazar más cuadros de amargura, porque uno basta para comprender hasta qué punto es nuestra religion el baluarte del alma y el consuelo del infortunio.

¡Oh! religion santa, préstanos siempre tu amparo, y por grandes que sean nuestras desgracias, por terribles que sean nuestras tribulaciones, por inmensa que sea nuestra pesadumbre, todavía podremos desahogar nuestro oprimido espíritu en tus brazos amantísimos, diciendo con voz humilde pero tranquila : ¡ Señor, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo!

X.

Quiero terminar mi discurso, porque no quiero fatigar por más tiempo la benévola atención que me estais dispensando, pero no concluiré sin responder al compromiso que me he impuesto, de considerar el Catolicismo bajo el punto de vista social, siquiera sea en breves frases, ya que del moral me he ocupado.

El individuo y la sociedad son dos términos correlativos; son dos ideas gemelas, son dos hechos simultáneos que no pueden separarse ni aun abstractamente, sin violentar las leyes de Naturaleza. Y si la sociedad no se concibe perfecta mientras no se armonicen las aspiraciones del individuo, y si sólo pueden armonizarse las aspiraciones legítimas, y si las aspiraciones legítimas no son las aspiraciones de la opinión sino las de la justicia, y si la justicia impone grandes deberes, y si los grandes deberes exigen sacrificios heroicos, y si esos sacrificios requieren fuerza suprema, es preciso buscar esa fuerza fuera del hombre, es preciso buscarla en la religion verdadera, es preciso buscarla en el Catolicismo.

¿Dónde sino en el Catolicismo se encontrarán garantías de respeto para las leyes morales? Aun cuando reconociéramos sinceridad religiosa en los hombres del error religioso, ¿cómo salvaríamos la sociedad de las aberraciones del espíritu, de los extravíos del criterio y de los delirios del corazón?

Si el hombre de la sinceridad vive en las tinieblas; si cree que la inviolabilidad de la familia es una preocupacion; si

entiende que las pasiones son el norte seguro de la vida humana; si piensa que la libertad es una facultad omnimoda, sin trabas ni cortapisas; si considera que las limitaciones del derecho son coacciones violentas, y si las grandes leyes morales que gobiernan el mundo las mira por el prisma engañoso de su volcánica imaginación y no bajo el prisma de la realidad; ¿cómo hemos de vivir tranquilos en una sociedad arrogante y soberbia, que por deificar al individuo, sacrifica los fueros santos de la ley y los grandes intereses de la humanidad?

¿Qué significan las artificiales y exteriores garantías que las leyes políticas nos ofrecen, al lado de las sólidas y naturales que nos presta la moral cristiana enseñada y aplicada por la Iglesia? ¿Cómo, si el derecho está encarnado en la moral se pretende buscar el derecho alejándose de la moral? Que se afanen los políticos por encontrar la fórmula de la paz general; que inventen nuevos procedimientos para ejercitar derechos quiméricos, derechos de forma y no de esencia; que apelen á recursos extremos para oponer un dique formidable á las aspiraciones disolventes; que se valgan de medios extraordinarios para conjurar la anarquía; ¡inútil trabajo, empresa vana, aspiración noble pero estéril! porque fuera del orden moral sólo es posible la anarquía; y el orden moral sólo tiene un escudo diamantino para la defensa de la humanidad, y ese escudo es la Iglesia Católica.

Mientras el individuo no purifique su corazón con sentimientos cristianos; mientras el individuo no illustre su inteligencia con la idea moral; mientras el individuo no robustezca su voluntad con los recursos heroicos que le presta la Iglesia; la sociedad arrastrará una existencia inquieta y er-

rante ; la sociedad se agitará febrilmente ; la sociedad pulverizará sus elementos ; la sociedad será una protesta de sí misma ; porque no será sociedad , sino un monstruoso conjunto de seres humanos que se hostilizarán horriblemente y producirán una espantosa disonancia , en vez de estrecharse en feliz consorcio y producir una perfecta armonía . Y puesto que somos hijos de la Iglesia ; y puesto que vivimos de la misma fé ; y puesto que ardemos en el mismo amor , consagramos nuestra existencia entera á la causa santa del Catolicismo , y miremos con afecto entrañable al inmortal Pontífice Pio IX , á quien Dios conserva sus dias para fines grandiosos , y por cuya preciosa vida debemos rogar con ferviente oracion ; porque con el Catolicismo y sólo con el Catolicismo se salva el individuo , se salva la familia , se salvan los pueblos , se salva la sociedad ; porque el Catolicismo , y sólo el Catolicismo es la salvacion de la humanidad .

HE DICHO.

JUAN GANCIO MENA.



